DON ALVARO TARFE: ¿ENTE FANTASMAL O HECHO FICTICIO?

En el capítulo 72 de la segunda parte del *Quijote* se presenta en el escenario narrativo un personaje llamado don Alvaro Tarfe. Gentil y culto, este caballero de mediana edad se encuentra fortuitamente con don Quijote y Sancho en una posada, donde mantiene con ellos unas conversaciones. Nunca deja de ser un personaje secundario, pero numerosos críticos y lectores han considerado desconcertante su misma existencia.

Retrocedamos unos pasos. *Don Quijote I* se publica en 1605, y su continuación, *Don Quijote II*, en 1615. Generalmente se reconoce que la Primera Parte de la novela cervantina obtuvo un éxito inmediato, y le granjeó a su autor una notoriedad que no habría de perder nunca. Una vez que hubo salido a la luz, el público esperó ansiosamente la publicación de su Segunda Parte. Un año antes de que ésta saliera, no obstante, se publicó un libro titulado *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha que contiene su tercera salida y es la quinta parte de sus aventuras*, por cierto autor que empleaba el seudónimo de Alonso Fernández de Avellaneda. Es decir, alguien, habiendo robado la ingeniosa creación de Cervantes —las mismas figuras de don Quijote y Sancho—, había acometido la empresa de componer una continuación espuria, inauténtica, así como ilegal [1]. El responsable de este colosal robo

[1] «Los preliminares del libro de 'Avellaneda' eran: la portada..., una Aprobación del doctor Rafael Orthoneda, expedida por comisión del vicario general del arzobispado de Tarragona don Francisco de Torme y de Liori, fechada en esta ciudad a 18 de abril de 1614; una Licencia para que pudiera imprimirse y venderse en el mismo arzobispado, suscrita por el mismo vicario general, dada también en Tarragona, a 4 de julio de 1614... La edición del *Quijote* de 'Avellaneda' era falsa y fraudulenta, ilegal y lo que se llama puramente una superchería bibliográfica... por [estas] razones: por ser fingidas y supuestas la aprobación de Orthoneda y la licencia del vicario, y, de consiguiente, falso el nombre del autor y falso el lugar de impresión. Ni aquellos eclesiásticos ni [el librero] Felipe Roberto (Robert, en su

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas
Licencia Creative Commons
Reconocimiento 4.0 Internacional (CC BY 4.0)
http://analescervantinos.revistas.csic.es

literario mantuvo oculta su identidad, y puédese suponer que lo hizo motivado tanto por la vergüenza como por temor a las represalias. La verdadera identidad de Avellaneda sigue siendo un misterio para los historiadores de la literatura [2].

Ahora bien, don Alvaro Tarfe, es originariamente un personaje en la segunda parte espuria de Avellaneda. En dicha obra, el caballero andante y su escudero tienen un amigo íntimo que lleva ese nombre, el cual les acompaña a lo largo de un buen número de sus aventuras. De hecho, don Alvaro Tarfe es quien determina que don Quijote debe ser ingresado en un manicomio de Toledo; decisión que se realiza y que constituye la última escena de esta narrativa mas bien lóbrega.

Se ha especulado que Cervantes tuvo noticia de la obra de Avellaneda cuando componía el capítulo 59 de su propia Segunda Parte, pues aquí es donde hace referencia a ella por primera vez. Se ha supuesto incluso que la publicación de la obra apócrifa fue lo que le incitó a terminar su propia continuación, tarea que había pospuesto a favor de otro proyecto literario. Esto pudo muy bien haber sido así. Pero en todo caso, el *Quijote* de Avellaneda era una realidad histórica; miles de ejemplares se habían impreso y estaban circulando. Cervantes precisaba reivindicación y la forma más inmediata y eficaz de lograrla era emplear su propio *Quijote II* como foro en el cual atacar la continuación falsa e inferior de su adversario. En varios pasajes, este objetivo lo intenta mediante el diálogo de sus personajes: a veces con fría impasibilidad, como cuando don Quijote hojea sosegadamente el libro de Avellaneda y destaca los aragonesismos de su lenguaje (II, 59); en otros momentos con invectivas feroces, como cuando Altisidora relata que en su viaje por el infierno —es decir, un simulacro de viaje fingido para probar la credulidad de Quijote y Sancho—, vio a los diablos jugando a la pelota con un ejemplar de dicho libro, y que lo habían encontrado indigno de la función (II, 70).

Pero el golpe culminante contra Avellaneda se descarga en el capítulo 72, cuando don Alvaro Tarfe se presenta físicamente en la escena. Esta acción hace de él el único personaje que ha conocido a las dos parejas Quijote-Sancho, lo cual le autoriza a dar

---

dicción catalana) podían autorizar con sus nombres una edición a espaldas de la ley. Para su propósito y burlada, el desaprensivo novelista tuvo que tratar, por sí o por tercera persona, con un impresor tan desaprensivo como él, y tirar el libro... en el establecimiento tipográfico de otra ciudad, que fue Barcelona, según nos revela Cervantes en el capítulo LXII de su *Quijote...*» LUIS ASTRANA MARÍN, *Vida ejemplar y heroica de Miguel de Cervantes Saavedra*. Madrid, Reus, 1958, vol. 7, pp. 165-7.

[2] Según JUAN LUIS ALBORG, los trabajos que se han escrito con el propósito de esclarecer la identidad del autor del *Quijote* apócrifo ascienden a un número de ciento cincuenta. Véase, *Historia de la literatura española*, 2.ª ed. Madrid, Gredos, 1974, t. 2, pp. 190-3, donde Alborg reproduce una bibliografía parcial. Confiérase también la bibliografía que aparece en la *Suma cervantina* de Juan Bautista Avalle-Arce y Edward C. Riley, London: Támesis, 1973, pp. 438-40.

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas
Licencia Creative Commons
Reconocimiento 4.0 Internacional (CC BY 4.0)
http://analescervantinos.revistas.csic.es

testimonio de las diferencias entre ellas. Conviene leer el pasaje en su totalidad, para apreciar tanto los detalles de la relación de don Alvaro como las reacciones, algo discrepantes entre sí, de don Quijote y Sancho.

LLegó en esto al mesón un caminate a caballo, con tres o cuatro criados, uno de los cuales dijo al que el señor dellos parecía:

—Aquí puede vuestra merced, señor don Álvaro Tarfe, pasar hoy la siesta: la posada parece limpia y fresca.

Oyendo esto don Quijote, le dijo a Sancho:

—Mira, Sancho: cuando yo hojeé aquel libro de la segunda parte de mi historia, me parece que de pasada topé allí este nombre de don Álvaro Tarfe.

—Bien podrá ser —respondió Sancho—. Dejémosle apear; que después se lo preguntaremos.

El caballero se apeó, y, frontero del aposento de don Quijote, la huéspeda le dio una sala baja, enjaezada con otras pintadas sargas, como las que tenía la estancia de don Quijote. Púsose el recién venido caballero a lo de verano, y saliéndose al portal del mesón, que era espacioso y fresco, por el cual se paseaba don Quijote, le preguntó:

—¿Adónde bueno camina vuestra merced, señor gentilhombre?

Y don Quijote le respondió:

—A una aldea que está aquí cerca, de donde soy natural. Y vuestra merced, ¿dónde camina?

—Yo, señor —respondió el caballero—, voy a Granada, que es mi patria.

¡Y buena patria! —replicó don Quijote—. Pero dígame vuestra merced, por cortesía, su nombre; porque me parece que me ha de importar saberlo más de lo que buenamente podré decir.

—Mi nombre es don Álvaro Tarfe —respondió el huésped. A lo que replicó don Quijote:

—Sin duda alguna pienso que vuestra merced debe ser aquel don Álvaro Tarfe que anda impreso en la segunda parte de la *Historia de don Quijote de la Mancha*, recién impresa y dada a la luz del mundo por un autor moderno.

—El mismo soy —respondió el caballero—, y el tal don Quijote, sujeto principal de la tal historia, fue grandísimo amigo mio, y yo fui el que le sacó de su tierra, o, a lo menos, le moví a que viniese a unas justas que se hacían en Zaragoza, adonde yo iba...

—Y dígame vuestra merced, señor don Álvaro, ¿parezco yo en algo a ese tal don Quijote que vuestra merced dice?

—No, por cierto —respondió el huésped—, en ninguna manera.

—Y ese don Quijote —dijo el nuestro—, ¿traía consigo a un escudero llamado Sancho Panza?

—Sí traía —respondió don Álvaro—, y aunque tenía fama de muy gracioso, nunca le oí decir gracia que la tuviese.

—Eso creo yo muy bien —dijo a esta sazón Sancho—, porque el decir gracias no es para todos, y ese Sancho que vuestra merced dice, señor gentilhombre, debe de ser algún grandísimo bellaco, frión y ladrón juntamente; que el verdadero Sancho Panza soy yo, que tengo más gracias que llovidas, y si no, haga vuestra merced la experiencia, y ándese tras de mí, por [lo] menos un año, y verá que se me caen a cada paso, y tales y tantas, que sin saber yo las más veces lo que me digo, hago reír a cuantos me escuchan; y el verdadero don Quijote de la Mancha, el famoso, el valiente y el discreto, el enamorado, el desfacedor de agravios, el tutor de pupilos y huérfanos, el amparo de las viudas, el matador de las doncellas, el que tiene por única señora a la sin par Dulcinea del Toboso, es este señor que está presente, que es mi amo. Todo cualquier

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas
Licencia Creative Commons
Reconocimiento 4.0 Internacional (CC BY 4.0)
http://analescervantinos.revistas.csic.es

> otro don Quijote y cualquier otro Sancho Panza es burlería y cosa de sueño.
>
> —¡Por Dios que lo creo —respondió don Álvaro—, porque más gracias habéis dicho vos, amigo, en cuatro razones que habéis hablado que el otro Sancho Panza en cuantas yo le oí hablar, que fueron muchas! Más tenía de comilón que de bien hablado, y más de tonto que de gracioso, y tengo por sin duda que los encantadores que persiguen a don Quijote el bueno han querido perseguirme a mí con don Quijote el malo. Pero no sé qué me diga; que osaré yo jurar que le dejo metido en la casa del Nuncio, en Toledo, para que le curen, y agora remanece aquí otro don Quijote, aunque bien diferente del mío.
>
> —Yo —dijo don Quijote— no sé si soy bueno, pero sé decir que no soy el malo, para prueba de lo cual quiero que sepa vuesa merced, mi señor don Álvaro Tarfe, que en todos los días de mi vida no he estado en Zaragoza; antes, por haberme dicho que ese don Quijote fantástico se había hallado en las justas desa ciudad, no quise yo entrar en ella, por sacar a las barbas del mundo su mentira; y así, me pasé de claro a Barcelona...
>
> —Finalmente, señor don Álvaro Tarfe, yo soy don Quijote de la Mancha, el mismo que dice la fama, y no ese desventurado que ha querido usurpar mi nombre y honrarse con mis pensamientos. A vuestra merced suplico, por lo que debe a ser caballero, sea servido de hacer una declaración ante el alcalde deste lugar, de que vuestra merced no me ha visto en todos los días de su vida hasta agora, y de que yo no soy el don Quijote impreso en la segunda parte, ni este Sancho Panza mi escudero es aquel que vuestra merced conoció.
>
> —Eso haré yo de muy buena gana —respondió don Álvaro—, puesto que cause admiración ver dos don Quijotes y dos Sanchos a un mismo tiempo, tan conformes en los nombres como diferentes en las acciones, y vuelvo a decir y me afirmo que no he visto lo que he visto ni ha pasado por mí lo que ha pasado.

Unas horas más tarde, el texto continúa relatando, en presencia del alcalde de la población y un escribano, se redactó el documento solicitado, «con lo que quedaron don Quijote y Sancho muy alegres, como si les importara mucho semejante declaración y no mostrara claro la diferencia de los dos don Quijotes y la de los dos Sanchos sus obras y sus palabras» [3].

Diversos críticos se han fijado en este pasaje, pero ninguno de ellos le ha dedicado un análisis exhaustivo. Un número de ellos concurre en que el texto plantea unos problemas que deja perplejos y posiblemente insuperables. Los comentaristas que mantienen esta postura encuentran problemático, dentro de la ficción, el *status* ontológico de don Alvaro Tarfe, y más aún el del don Quijote y el Sancho a quienes pretende conocer.

Uno de estos comentaristas es Edward C. Riley, el cual, en su *Teoría de la novela en Cervantes*, expresa la opinión de que la aparición en el capítulo 72

> de uno de los personajes del libro de Avellaneda introduce realmente una complicación, por no decir una confusión, que hubiera sido mejor

[3] MIGUEL DE CERVANTES, *Don Quijote de la Mancha II*, ed. por John Jay Allen, 2.ª ed. Madrid, Cátedra, 1977, capítulo 72.

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas
Licencia Creative Commons
Reconocimiento 4.0 Internacional (CC BY 4.0)
http://analescervantinos.revistas.csic.es

> evitar. El amigo del falso Don Quijote, al menos a partir de este momento, «existe» como existen los verdaderos Don Quijote y Sancho. No hay duda de que Cervantes pensó que la satisfacción de hacer que uno de los personajes de Avellaneda rindiera homenaje a sus propios y superiores protagonistas y renegara de los de su creador bien merecía sacrificar un poco las exigencias de la lógica y la verosimilitud. Váyase lo uno por lo otro [4].

Según el parecer de este crítico, don Alvaro Tarfe no existe y no puede existir a la par con los personajes cervantinos auténticos, pues dentro de la narración no es más que una figura de otra novela. Su existencia aparente en este pasaje contradice tanto a la verosimilitud como a la lógica. Lo mismo ocurre con los falsos don Quijote y Sancho, «fantásticas figuras», como las llama, «que se mueven de una manera incierta, pero fatal, entre la ficción y la realidad» [5]. Según Riley, el pasaje representa, en esencia, un defecto lamentable en la obra cervantina.

El mismo crítico examina la explicación que don Alvaro propone para el error en que había caído. Según leemos en el texto, lo atribuye a la acción de los «encantadores», una explicación a la que el mismo don Quijote recurre con frecuencia cuando se da un conflicto entre la apariencia y la realidad. Riley juzga esta atribución otra imperfección de la novela, pues, como él dice, «de todos los demás encantadores que aparecen en el *Quijote* puede darse una explicación lógica que los justifique» [6]. En otras palabras, las numerosas veces que el caballero andante atribuye o acontecimientos o apariencias a los encantadores, la realidad objetiva que él tergiversa tiene una explicación causal perfectamente natural, de la cual el lector es consciente. Riley concede, sin embargo, que el pasaje sí comunica cierta afirmación metafísica, a saber, que «el *Quijote* de Avellaneda es artísticamente malo y carece de verdad poética; los dos héroes cervantinos son poéticamente verdaderos y, por consiguiente, 'existen'; los de Avellaneda no lo son y, en consecuencia no existen realmente, aunque, como los hechizos de un nigromante, puedan aparentarlo» [7]. Riley concluye que aunque esta afirmación representa una severa condenación de Avellaneda, tiene el efecto de que «la realidad y la ilusión se hacen indiscernibles...» [8].

Otro respetado cervantista que se ocupa de este pasaje es John J. Allen, en su introducción a la edición Cátedra del *Quijote II*. Aunque dedica escasas líneas a la cuestión, se hace eco del juicio de Riley, pues denomina el acto en presencia de don Alvaro Tarfe

---

[4] Edición española traducida por Carlos Sahagún. Madrid, Taurus, 1971, p. 333.
[5] *Ibíd.*, p. 337.
[6] *Ibíd.*, p. 334.
[7] *Ibíd.*, p. 337.
[8] *Ibíd.*, p. 338.

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas
Licencia Creative Commons
Reconocimiento 4.0 Internacional (CC BY 4.0)
http://analescervantinos.revistas.csic.es

«un juego atrevido con la verosimilitud» [9]. La lógica y la credibilidad se ponen en mayor peligro aún, nos dice, con la declaración de Tarfe, «no he visto lo que he visto ni ha pasado por mí lo que ha pasado». Según Allen, este dictamen de don Alvaro representa una repudiación del valor de su propia experiencia [10]. Un tercer crítico digno de consideración es Arthur Efron, en cuyo artículo, «Perspectivism and the Nature of Fiction: *Don Quijote* and Borges», pormenoriza sobre el asunto de don Alvaro Tarfe [11]. Las reflexiones de este investigador están marcadamente influidas por las meditaciones de Ortega y Gasset sobre lo que éste ha llamado perspectivismo. Efron cita unas célebres palabras del filósofo español: «...es el caso que la realidad, como un paisaje, tiene infinitas perspectivas, todas ellas igualmente verídicas y auténticas. La sola perspectiva falsa es esa que pretende ser la única» [12]. Efron no acepta necesariamente esta doctrina filosófica; de hecho, mas bien parece rechazarla [13]. Sin embargo, califica el episodio de don Alvaro Tarfe de «perspectivismo a todo trance...» [14]. Según su interpretación, en dicha escena, «un personaje novelesco, cuya existencia se ha limitado previamente a otra obra de ficción, se sale de ésta y cruza a una ficción diferente por otro autor», lo cual causa el efecto, afirma Efron, de «poner en duda todas las fronteras novelescas». Si Tarfe, continúa el crítico, puede renunciar a su identidad corporal previa (o a la parte de ella que tenga que ver con su 'grandísimo amigo', el Quijote de Avellaneda), entonces se podría dudar también de su vida corporal en la novela de Cervantes, y así, ningún cuerpo es real —dejándonos, de nuevo, sin otra cosa que nuestras diversas perspectivas». Lo que se insinúa, concluye Efron, es que «en la novela nadie es realmente nadie», que se da cierta negación de todo el concepto de identidad [15]. Efron añade

---

[9] Introducción a *Don Quijote de la Mancha II*, 2.ª ed. Madrid, Cátedra, 1977, p. 10.

[10] *Ibíd.*

[11] *Thought* 197 (1975) 148-75.

[12] «La doctrina del punto de vista», *Obras completas de José Ortega y Gasset*. Madrid, Revista de Occidente, 1947, t. 3, p. 200. Efron cita este texto, p. 151 del artículo susodicho, por la versión inglesa de J. CLEUGH, *The Modern Theme*. New York, Harper, 1961, pp. 92-3. Para otra introducción al perspectivismo de Ortega, véase, en sus *Obras completas*, «Los aspectos y la cosa completa», t. 9, pp. 367-73.

[13] *Op. cit.*, pp. 171-5.

[14] «...perspectivism with a vengeance...» *Ibíd.*, p. 154.

[15] «Here is a fictional character, whose existence has been previously confined to another fiction, crossing over into a different fiction by another author; if that is not enough to put all fictional boundaries in doubt, only consider that this cross-over character knew, in his other existence, another character whose own life-story began in still another work, that is, in Part One of Cervantes' novel... If Tarfe convincingly can renounce his previous bodily identity (or all of it that pertains to his 'very great friend', the Avellaneda Quijote) then his bodily life in Cervantes' novel could be placed in doubt too, and thus no body is real —leaving us again with nothing but our various perspectives». *Ibíd.*, p. 153.

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas
Licencia Creative Commons
Reconocimiento 4.0 Internacional (CC BY 4.0)
http://analescervantinos.revistas.csic.es

que, partiendo históricamente del episodio en cuestión, en el que la realidad y la ilusión devienen indistinguibles, «vemos cómo el arte de la ficción pudo haberse desarrollado con el paso del tiempo hacia los mundos ficticios irónicos creados por Borges, donde los personajes crean y viven sus realidades ilusorias, y donde el autor atrapa al lector en muchos rompecabezas epistemológicos parecidos al episodio de Don Alvaro Tarfe» [16].

En respuesta a estas interpretaciones, sugiero que, si se entienden correctamente los principios intelectuales operativos de Cervantes, y si se advierten todos los indicios o señales pertinentes que brinda el texto, el episodio de don Alvaro Tarfe no crea ninguno de los vertiginosos problemas metafísicos que alegan estos críticos; ni representa una violación del principio de la verosimilitud.

Conviene destacar, para empezar, que dentro de los parámetros de la narrativa cervantina, la ficción de Avellaneda no aparece como «novela» sino como «historia»; aunque quizás el término moderno «crónica» corresponda con mayor precisión al vocablo empleado por Cervantes. En efecto, se hace referencia a dicha obra bajo la denominación de «historia» dos veces en II, 59, dos veces en II, 70, y tres veces en II, 72. De forma correspondiente, su autor, Avellaneda, aparece como «historiador» o cronista. Esto es perfectamente consecuente con el modo del que, a lo largo de la Segunda Parte cervantina, los personajes entienden la existencia de la primera. En efecto, en los capítulos iniciales del *Quijote II* auténtico, el caballero andante, su escudero y algunos de sus amigos mantienen una prolongada conversación sobre los méritos y deméritos, los aciertos y errores, de la «historia» de sus aventuras recientemente publicada.

Dentro de la narración, pues, Avellaneda es historiador o cronista, de la misma forma que lo es Cide Hamete Benengeli, el supuesto autor del *Quijote I* de Cervantes. ¿Pero a quién ha historiado Avellaneda? ¿Quiénes son estos don Quijote y Sancho contrahechos, así como su compañero de aventuras don Alvaro Tarfe? Antes de presentarse éste en la posada de don Quijote, había al menos una posibilidad teórica de que el relato de Avellaneda fuera inventado; de que fuera, usando fraseología cervantina, «una historia fingida», o ficción en nuestro sentido moderno. No obstante, dicho personaje sí entra físicamente en el escenario, donde departe de forma normal con los otros personajes por varias horas. Mediante tal acto afirma, en primer lugar, que dentro del ámbito de la novela es real, histórico, dotado del mismo *status* ontológico del que gozan los personajes genuinos de Cervantes. Yo sugeriría que hasta aquí no hay ninguna falta de verosimilitud. Don Alvaro

[16] «...we can see how the art of fiction could develop eventually toward the ironic fictional worlds created by Borges, where the characters create and live their illusions, and where the author lodges the reader in many an epistemological puzzle-box similar to that in the episode of Don Alvaro Tarfe». *Ibid.*, p. 154.

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas
Licencia Creative Commons
Reconocimiento 4.0 Internacional (CC BY 4.0)
http://analescervantinos.revistas.csic.es

confirma, en segundo lugar, su identidad como el individuo «que anda impreso en la segunda parte de la *Historia de don Quijote de la Mancha*, recién impresa y dada a la luz del mundo...» Lo que se infiere es que Avellaneda ha historiado algo real o histórico —en contraposición a haber escrito una «historia fingida»— y que él, don Alvaro, forma parte de ello. Aunque los críticos citados arriba mantengan lo contrario, esto no parece representar una falta de verosimilitud tampoco, ni un sacrificio de ella, como dice Riley, ni mucho menos una problemática metafísica irresoluble. No cabe duda de que don Alvaro es un personaje de Avellaneda. Pero Cervantes no le introduce en su narrativa como personaje que hubiera existido anteriormente en otra ficción, de la cual se le hubiese extraído y dado algún tipo de existencia corporal fantasmal, lo cual, efectivamente, sería «per se impossibile». Por el contrario, don Alvaro, al cual Cervantes otorga la misma condición ontológica que a los otros numerosísimos personajes de la novela, es sencillamente, según el texto indica, un caballero granadino que ha pasado unos meses viajando con un par de amigos, los cuales juzgaba ser don Quijote y Sancho, y cuyas aventuras con ellos se han publicado recientemente en una crónica por Alonso Fernández de Avellaneda; el cual caballero está ahora en presencia de los auténticos don Quijote y Sancho, cuyo encuentro con éstos habría de ser historiado también, esta vez por Cide Hamete, cronista del caballero y escudero genuinos. Quizás esto sea complejo, pero no es ininteligible.

Habiendo llegado a este punto, no obstante, sí surge una problemática en el relato. Don Alvaro mantiene que ha estado de hecho en la compañía de don Quijote y Sancho. Dado que en este episodio conversa con los auténticos personajes que llevan estos nombres, es evidente que su pretensión es una imposibilidad. Esto lo reconoce en breve; pues, como dice el texto, la conversación en la posada «desengañó a don Alvaro Tarfe del error en que estaba...» No obstante, su experiencia previa como experiencia prevalece: ha estado con dos individuos de algún tipo. Este testimonio no presenta ninguna dificultad particular, pues lo que da a entender es que Cervantes ha concedido realidad, dentro de su ficción, al Quijote y al Sancho de Avellaneda, tal como ha hecho con don Alvaro.

La cuestión que hay que plantearse no tiene que ver con el *ser* de estos personajes sino con la verdad de su identidad. La pregunta pertinente no es «¿qué son?», ni «¿cómo pueden ser?», sino sencillamente «*¿quiénes* son?» Ya en el capítulo 59 Sancho propone una respuesta, cuando entra en conocimiento de la obra de Avellaneda por primera vez. Allí afirma que «el Sancho y el Quijote desa historia deben de *ser otros* que los que andan en aquella que compuso Cide Hamete Benengeli...» De nuevo en II, 72, en presencia de don Alvaro, Sancho expresa la convicción de que dos impostores han usurpado sus identidades, nombres y fama, y están transitando por los caminos con plena impunidad. En este momento, las palabras de Sancho llevan todo el peso de su indignación: «...y ese

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas
Licencia Creative Commons
Reconocimiento 4.0 Internacional (CC BY 4.0)
http://analescervantinos.revistas.csic.es

Sancho que vuestra merced dice... debe de ser *algún grandísimo bellaco, frión y ladrón juntamente*; que el *verdadero* Sancho Panza soy yo...» A esta suposición de Sancho no se le debe de negar importancia, debido al papel que juega a lo largo de la novela de voz del sentido común, o de la interpretación realista. No obstante, el mismo don Quijote, unos párrafos más abajo ratifica que él «*no [es] aquel* que [anda] impreso en una historia intitulada *Segunda parte de Don Quijote de la Mancha* por un tal Avellaneda...» Y unas frases antes reitera la noción de Sancho de que los conocidos de don Alvaro son dos falsarios:

> —...Finalmente, señor don Alvaro Tarfe, yo soy don Quijote de la Mancha, el mismo que dice la fama, y no *ese desventurado que ha querido usurpar mi nombre y honrarse con mis pensamientos.* A vuestra merced suplico... sea servido de hacer una declaración ante el alcalde deste lugar, de que vuestra merced no me ha visto en todos los días de su vida hasta agora, y de que *yo no soy el don Quijote impreso en la segunda parte, ni este Sancho Panza mi escudero es aquel que vuestra merced conoció* [17].

Culturalmente, la concurrencia del par de impostores es admisible si se considera que se trataba de una sociedad en la que la vida constantemente imitaba el arte. Era frecuente entre ciudadanos acomodados, en aquellos días, pasar tiempo en el campo «haciendo Arcadias», es decir, imitando el ambiente de la literatura pastoril, provistos de trajes e instrumentos musicales apropiados, y de églogas para recitar. Respecto al *Quijote*, es un hecho histórico que, muy pocas décadas después de la publicación de su primera parte en 1605, las figuras de don Quijote y Sancho habían adquirido tal celebridad que en las plazas y otros lugares públicos se hacían representaciones pantomímicas de ellas con ocasión de las grandes fiestas [18]. Así, pues, es perfectamente admisible la suposición, dentro de la narrativa, de que una pareja de impostores estaba adquiriendo fama a expensas de los genuinos don Quijote y Sancho. Lo que tenemos aquí, de forma verdaderamente barroca, como juego de múltiples re-presentaciones, es a don Quijote y Sancho imitando las aventuras de los caballeros andantes de las novelas de caballerías; y un par de impostores imitando la imitación; ambos con su «historiador» respectivo.

No todos los críticos opinan, como Riley, Allen y Efron, que el episodio de don Alvaro Tarfe quebranta las normas tanto de la lógica como de la verosimilitud. Afortunadamente, algunos comentaristas concurren con la interpretación que acabamos de bosquejar. Thomas A. Lathrop, en un interesante estudio, observa

[17] El subrayado en este texto y los anteriores es nuestro.

[18] Véase ASTRANA MARÍN, *Vida ejemplar y heroica...*, t. 7, pp. 479-82, donde da relación de «muchas fiestas... en demostración de la inmensa popularidad de la novela cervantina».

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas
Licencia Creative Commons
Reconocimiento 4.0 Internacional (CC BY 4.0)
http://analescervantinos.revistas.csic.es

que en las primeras menciones de la obra de Avellaneda en el texto cervantino, el don Quijote falso aparece específicamente como ente ficticio, y no como histórico. Esto ocurre, por ejemplo, en II, 61, cuando a la entrada de Barcelona, un emisario de Roque Guinart recibe al caballero andante bajo el título de «el verdadero don Quijote de la Mancha, no el *falso*, no el *ficticio*, no el *apócrifo* que en *falsas historias* estos días nos han mostrado...» [19]. Pero Cervantes, continúa Lathrop, se percató de que sus personajes no podían enfrentarse con los de Avellaneda, ni medir sus ingenios con ellos, ni llevar ninguna victoria sobre los mismos, mientras éstos fueran inertes: había, pues, que hacer de ellos entes reales [20]. Cervantes, pues, empleando sus prerrogativas de novelista, infunde vida en don Alvaro Tarfe y en la pareja don Quijote-Sancho de Avellaneda. Hay otros críticos que confirman estas conclusiones, entre ellos Alvaro Fernández Suárez, el cual mantiene que con el encuentro entre don Quijote con un personaje de Avellaneda «la historia escrita por 'un vecino de Tordesillas' gana realidad, se convierte realmente en historia, en crónica, a la par que el mismo don Quijote confirma su autonomía respecto a su texto. Don Alvaro Tarfe queda así corroborado por Cervantes como personaje 'real'...» [21]. De forma semejante, Juan Bautista Avalle-Arce observa que la entrada de don Alvaro Tarfe en el texto cervantino, «corrobora la existencia de este caballero al menos. Necesariamente es tan verdadero como el don Quijote y Sancho de Benengeli» [22].

---

[19] El subrayado es nuestro.

[20] «Cervantes' Treatment of the False Quijote», *Kentucky Romance Quarterly*, 32, 1985, pp. 213-7, esp. p. 215. «...it is in Chapter 72 where Cervantes apparently finally decided what to do, how to handle the Avellaneda Affair, and the result is truly a brilliant *coup*... Now that Alvaro Tarfe enters Cervantes' book in the flesh and says he is the one who knows Don Quixote, we are forced to believe that there really were a second Don Quixote and a second Sancho wandering about Spain, exactly as Avellaneda had described, and that they *really* had been in Zaragoza, in person, for the jousts... Avellaneda's Don Quijote and Sancho then are as real as are the Don Quijote and Sancho in Cervantes' book. Cervantes has transformed the fictional Don Quijote and Sancho into *real characters* within *his own* work... As long as Avellaneda's Don Quixote and Sancho were locked in the world of fiction, they were untouchable. No one, not even Cervantes, could figure out how to combat fictional beings. In order to discredit Avellaneda's personages, Cervantes first had to make them *real* within his own work... When Alvaro Tarfe recognizes clearly that his old friends are nothing but imposters, two crazy men running around thinking themselves to be Don Quijote and Sancho, he then signs an affidavit to the effect that the Don Quijote he had known was in fact an imposter and that our Don Quijote is indeed the only true one». *Ibíd.*, pp. 215-6.

[21] *Los mitos del Quijote*. Madrid, Aguilar, 1953, p. 49.

[22] Este texto, redactado por Avalle-Arce en conjunción con E. C. RILEY, se encuentra en «Don Quijote», *Suma cervantina*, pp. 47-79, esp. p. 78. Es evidente que esta afirmación no concuerda con el análisis de Riley resumido arriba, notas 4-8. Sospechamos que se advierte aquí un cambio de interpretación por parte de este crítico, realizado entre la primera aparición de su libro, *Cervantes' Theory of the Novel* en 1962. Oxford, Clarendon Press, y la publicación de la *Suma cervantina* en 1973.

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas
Licencia Creative Commons
Reconocimiento 4.0 Internacional (CC BY 4.0)
http://analescervantinos.revistas.csic.es

Estos mismos críticos, los que defienden la verosimilitud del pasaje en cuestión y la realidad positiva de don Alvaro, se plantean ineluctablemente la siguiente pregunta, formulada por Fernández Suárez: «Si era 'real' don Alvaro Tarfe, ¿lo sería también el otro don Quijote...?» Inmediatamente el mismo analista responde que el otro, el de Avellaneda, sí era real, pero un falsario, un impostor [23]. Lo mismo concluye Thomas A. Lathrop [24], a cuyo nombre puede sumarse el de Juan Luis Alborg [25].

Se ha dicho lo suficiente para establecer que el episodio de don Alvaro Tarfe no origina las problemáticas alegadas. No obstante, no nos hemos dirigido aún a algunos puntos formulados por el primer grupo de críticos citados arriba. Edward Riley repara, como vimos, que don Álvaro atribuye su error a los «encantadores». Esto de hecho ocurre así, pero es inexacto mantener, como hace Riley, que don Alvaro piensa que toda la experiencia ha sido ocasionada por ellos. Lo que don Alvaro profesa, más bien, es que los «encantadores» han sido la causa de que errara respecto a la identidad de los dos personajes con los que ha estado. Esto lo evidencia especialmente cuando afirma, «...tengo por sin duda que los encantadores que persiguen a don Quijote el bueno han querido perseguirme a mí con don Quijote el malo». Y se ratifica mediante las aserciones del narrador de que don Alvaro «se dio a entender

---

[23] *Op. cit.*, p. 49.

[24] Véase, arriba, nota 20, los últimos comentarios citados de Lathrop.

[25] Este comentarista, por su parte, agrega que, con la declaración pública hecha por don Quijote ante notario, «queda fuera de dudas que el otro don Quijote y el otro Sancho no eran sino unos embaucadores». *Op. cit.*, p. 160.

MIA I. GERHARDT, en «Don Quijote: la vie et les livres», *Mededelingen der Koninklijke Nederlandse Akademie van Wetenschappen* 17, 1955, pp. 17-57, formula una interpretación intermedia entre los extremos representados por los dos grupos de críticos que hemos perfilado. Esta investigadora reconoce, por una parte, que Cervantes tiene la gran originalidad de conceder vida o realidad a los personajes de Avellaneda. «Et dès lors, la *Segunda Parte* n'est plus simplement un mauvais livre: elle a atteint le niveau de la realité. Son héros n'est plus seulement un personnage de roman, il existe: Don Alvaro Tarfe l'a connu, a été de ses amis... N'aurait-il pas mieux fait de réserver la réalité à son Don Quichotte à lui, et de laisser celui d'Avellaneda dans ce 'monde de papier' d'où il ne mérite pas de sortir? Il ne le peut plus. Dans son propre esprit, sous le coup de l'indignation, les deux plans se brouillent, et le héros d'Avellaneda bénéficie de la même existence que le héros de cid Hamet». Pero según esta interpretación, la existencia que Cervantes otorga al Quijote de Avellaneda, al Sancho contrahecho y a don Alvaro, no es lo que pudiéramos llamar histórica, o realmente real. Pues don Alvaro «est lui-même d'une réalité douteuse, puisqu'il est avéré qu'il vient de sortir d'un livre», o en otras palabras, es «un personnage de roman, rattaché à Avellaneda». Y mientras que el don Quijote auténtico «a mérité son livre pour son *ingenio*, il l'a dicté par sa vie, et la gloire littéraire est sa consécration légitime», el de Avellaneda, dentro del texto cervantino «dépend du livre qui l'a fait naître, et sa conduite lui est dictée par l'auteur apocryphe...» En otras palabras, los personajes cervantinos son verdaderamente reales; los de Avellaneda, a los que concede vida sólo «por un momento», son de una existencia efímera más imposible que dudosa. Los primeros, dueños de sus acciones, han sido historiados por un cronista; los segundos, muñecos recortados de papel, son marionetas de un novelista. *Ibíd.*, pp. 54-5.

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas
Licencia Creative Commons
Reconocimiento 4.0 Internacional (CC BY 4.0)
http://analescervantinos.revistas.csic.es

que debía de estar encantado, pues tocaba con la mano dos tan contrarios don Quijotes». A los «encantadores» se les acusa, por lo tanto, de ser responsables de un error de juicio. Y podría agregarse que don Quijote recurre a ellos de forma casi idéntica docenas de veces a lo largo de la obra: para explicar transmutaciones de las apariencias, las cuales, por supuesto, ocurren sólo en su propia cabeza.

Otro punto que conviene tocar es la alegación de John J. Allen y Arthur Efron de que don Alvaro desmiente su propia experiencia con los falsos don Quijote y Sancho. Si esto fuera así, sí habría, efectivamente, una problemática epistemológica irresoluble. Ambos críticos basan esta interpretación en la aseveración de don Alvaro: «afirmo que no he visto lo que he visto ni ha pasado por mí lo que ha pasado». Esta es una proposición plenamente contradictoria en la que expresa simultáneamente que ha visto y no ha visto un objeto, que ha pasado por él y no ha pasado por él un acontecimiento, lo cual equivale a afirmar que A no es A y B no es B. Es evidente que no es mantenible lógicamente tal como está. No obstante, la frase no constituye una negación de la experiencia, la cual tendría que formularse algo así: «Afirmo que no vi *cuando* creí que veía, y no experimenté *cuando* creí que experimentaba». Esta proposición sería mantenible lógicamente, pero no epistemológicamente; el texto, por lo tanto, no debe de leerse así tampoco. Hay que encontrar una interpretación de la frase que sea tanto lógicamente coherente como realmente verosímil; y dada la configuración de la frase, la interpretación tiene que derivarse contextualmente. Así, no se debe de desatender, entre otras cosas, el hecho de que esta cita está situada a pocas líneas de varias frases que confirman que don Alvaro ha estado de hecho con el falso Quijote, «don Quijote el malo», como le llama. Pero mirando un contexto más amplio, enfocando un ambiente que sobrepasa los límites de la obra, recordemos que estamos tratando con una época en que las paradojas y las antítesis literarias abundaban. En el vastísimo *corpus* literario de la era, no se pretendía que se tomase literalmente el carácter contradictorio de los tropos literarios; al contrario, la paradoja se entendía como contradicción aparente y no real. Al lector se le desafiaba con el cometido de descifrar el verdadero sentido de la frase. Sirve de ejemplo el famoso verso de Santa Teresa, «...muero porque no muero». Por lo tanto, tomando en consideración tanto el contexto textual inmediato como el literario más amplio, volvamos al texto de Cervantes y desenredémosle así: «No he visto *lo que creí* que había visto y no ha pasado por mí *lo que creí* que había pasado». Es decir, sí vi y experimenté, pero no lo que creía.

Habiendo llegado a este punto podemos reiterar nuestra convicción de que el episodio de don Alvaro Tarfe no da lugar a problemas de naturaleza metafísica o epistemológica. Mas bien, Cervantes está intentando salvar una situación que se le ha im-

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas
Licencia Creative Commons
Reconocimiento 4.0 Internacional (CC BY 4.0)
http://analescervantinos.revistas.csic.es

puesto: que una pareja Quijote-Sancho ha sido forjada por otro autor, en una obra tanto fraudulenta como artísticamente inferior. El inmortal complutense elabora la escena de don Alvaro Tarfe con el objetivo de que se dé testimonio de la identidad, así como de la superioridad artística, de sus dos personajes. Al hacerlo se enfrenta con un problema en el orden de la identidad o la verdad, y con otro en el de la belleza o la perfección artística. Logra su finalidad sin crear problemática ninguna en el orden del ser.

Como resultado, Cervantes prueba que es capaz de ser consecuente con su propio dictamen de que la verosimilitud es indispensable en la ficción. Pero más significativo aún, la verosimilitud del episodio arroja al menos un modesto rayo de luz sobre el tema de la búsqueda de la verdad, reconocido por distinguidos pensadores como materia intelectual central del *Quijote* [26]. Al ser plenamente admisible de forma realista la escena de Alvaro Tarfe, queda reducida la fuerza de las alegaciones de un perspectivismo epistemológico radical en Cervantes. Pues una cosa es observar que la realidad puede ser perpleja y compleja en extremo, y que las apariencias a veces engañan, reconocimientos que afloran por doquier en las páginas del *Quijote*; y otra cosa es sostener un perspectivismo epistemológico llevado a sus últimas consecuencias, en el que todas las perspectivas tienen igual valor, y en aras del cual puede sacrificarse el principio de la identidad misma de las cosas. El pasaje de don Alvaro Tarfe no permite suponer que esta última sea la postura de Cervantes. En este texto, por el contrario, se muestra consecuente con el pensamiento especulativo de la época. El cual, sin negar las complejidades de la verdad y las dificultades que supone su búsqueda, no admitía el tipo de perspectivismo mencionado; pues era un pensamiento caracterizado por axiomas aristotélicos, uno de los cuales es que el principio de la contradicción obra espontáneamente en el saber y el razonamiento humanos, y es, por ende, cimental en la lógica y la metafísica [27]. En palabras más sencillas, el episodio del caballero granadino no contiene nada que nos conduzca a «juzgar lo blanco por negro y lo negro por blanco...» (II, 4, Sancho); no obstante, representa un cabal ejemplo de cómo, en muchas circunstancias, «es menester tocar las apariencias con la mano para dar lugar al desengaño» (II, 11, don Quijote).

ELIZABETH WILHELMSEN
University of Nebraska

[26] Véase AMÉRICO CASTRO, *El pensamiento de Cervantes*, ed. por Julio Rodríguez-Puértolas, 2.ª ed. Barcelona-Madrid, Noguer, 1973, pp. 82-90. También, BRUCE W. WARDROPPER, «*Don Quijote*: Story or History?», *Modern Philology*, 63, 1965, pp. 1-11, esp. p. 5.

[27] Véase FRANCISCO SUÁREZ, *Disputationes Metaphysicae*. Hildesheim, Georg Olms, 1965, vol. 1 [reimpresión de *Opera Omnia*, editio nova, ed. por C. Berton, t. 25]: Disputatio I, sect. V, § 30 (pp. 45-6) y Disputatio III, sect. II, § 1.6 (pp. 111-3. Cf. también, *The Cambridge History of Renaissance Philosophy*, ed. por C.B. Schmitt y Q. Skinner. Cambridge, University Press, 1988, pp. 614-6.

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas
Licencia Creative Commons
Reconocimiento 4.0 Internacional (CC BY 4.0)
http://analescervantinos.revistas.csic.es